

## Suena el silbato *Viernes de Ceniza*

Cuando Cecilia terminó de leer la hoja, sintió que algo se le rompía por dentro. Quiso llorar, maldecir, pegar un grito, salir corriendo como lo hacía de niña cuando su madre la sorprendía jugando en la calle con los muchachos del barrio, culpar a alguien, en fin, quería hacer algo.

Pero la tristeza era tan pesada que la hundió en un banco al frente de las canchas de fútbol del colegio, donde Sebastián había pateado por primera vez un balón, cuando apenas tenía cuatro años.

Cecilia estaba paralizada y su pensamiento parecía anclado en una idea fija, en un punto muerto que impedía que algo más existiera para ella, por eso no entendió lo que le gritó el amigo de Alberto desde la acera de enfrente, ni por qué la gente corría hacia la avenida como si tuviese una gran urgencia.

Tampoco puso atención a dos señoras que pasaron frente a ella, a las cuales distinguía porque vivían en el conjunto donde estaba su apartamento, y porque las veía

todas las mañanas cuando llevaban al colegio a sus hijos. No le sorprendió, para nada, que las mujeres se montaran apresuradas en un taxi con los pequeños, que parecían no haber tenido clase. Ni siquiera le extrañó que empezara a caer sobre la ciudad, que apenas llevaba dos horas despierta, una tenue capa de materia gris oscura.

En efecto, los dos niños que parecían primos no habían tenido clase, ni ningún pequeño de la ciudad ni de las poblaciones circunvecinas. No podían estar en los colegios ni encontrarse en las calles para evitar problemas pulmonares y en los ojos. Las autoridades de Pasto acababan de recibir los últimos partes del Observatorio Vulcanológico y habían decretado alerta amarilla en todo el municipio. Desde hacía cuarenta minutos, mientras Cecilia esperaba en el laboratorio los resultados de los exámenes de Sebastián, una mancha aún delgada pero persistente de ceniza pegajosa había empezado a brotar de la boca del Galeras. Ya estaba llegando, arrastrada por el viento, a todos los rincones, no sólo de Pasto, sino de todas las veredas del Valle de Atriz; desde el Morasurco, el pequeño y pacífico volcán que recibe al visitante del norte del país, hasta el Campanero; y desde el majestuoso *Urcuni-na*, el nervioso pero siempre entrañable Galeras, símbolo de Pasto, hasta la Montaña del Oso.

La ceniza del Galeras amenazaba, decían los expertos, con ampliar no sólo su espesor sino su volumen. Únicamente el olor a azufre, que a medida que avanza-

ba la mañana se hacía más intenso y penetrante, sobre todo en el sector de la Carretera Panamericana en el cual se encontraba, la logró sacar de su limbo. Pero no para averiguar qué pasaba con el volcán, ni para informarse sobre las medidas que los medios de comunicación estaban pidiendo que tomara la ciudadanía, sobre todo con los niños, y ni siquiera para buscar a Sebastián y a Nicolás, en caso de que su padre, que trabajaba cerca del colegio de sus hijos, no los hubiera recogido.

Cecilia observó el Galeras apenas unos instantes, pero fue como si hubiera visto una valla publicitaria o un aviso electoral: no se inmutó en lo más mínimo. Sin embargo, corrió a subirse en la “cachetona”, la camioneta de transporte de pasajeros que salía de Pasto a Ipiales, a Las Lajas y al Puente de Rumichaca. Con ésta, Cecilia había apuntalado la economía doméstica durante los últimos años; luego de unos meses de casada, cuando comprobó que el sueldo de su esposo nunca podría satisfacer las necesidades de ella y de sus dos hijos, y que Alberto, que era tornero de una fábrica embotelladora de gaseosas desde hacía muchos años, no estaba dispuesto a sacrificarse ni siquiera un poco para ganar más dinero, ni mucho menos a estudiar y a cambiar de oficio.

Sentada frente al timón, mientras se colocaba el cinturón de seguridad, Cecilia soltó un pequeño grito: “¡Fernando!”, y pensó: “¡Tengo que ir donde Fernando!”, al tiempo que desenredaba un celular que estaba enmara-

ñado entre unas pinzas para las pestañas, una pañoleta de seda de colorines y una cuerda de un enroscado plástico azul, atada a un manojo de llaves que parecía le hubiese hurtado al mismísimo San Pedro. No era casual que sus amigas a menudo comentaran, burlándose de ella, que si se perdiera el descomunal llavero de Cecilia, Pasto quedaría encerrado. Cecilia tenía la manía de cerrar, o mejor, encerrar todo con llave.

En una esquina de su mesita de noche, al lado de una bellísima lámpara artesanal de barro rojo en forma de barco que había comprado en Tulcán, en la famosa feria de la norteña ciudad ecuatoriana, descansaba una diminuta llave con la cual podía abrir un monedero de cuero que permanecía todas las noches a unos centímetros de su cabeza, monedero en el que, ¡quién lo creyera!, guardaba las dieciocho llaves que usaba.

Cuando por fin logró rescatar el celular de entre la vorágine de su cartera, marcó varias veces el teléfono de Fernando, pero nadie contestaba. Timbraba y timbraba y luego de unos instantes, finalmente, se iba a un buzón de mensajes, detrás de una exclamación *non sancta* de Cecilia.

Entre tanto, Fernando, con cuatro hijos en escalera, de seis, siete, ocho y nueve años, estaba en ese momento recorriendo la ciudad de la ceca a la meca, para recoger a sus pequeños, que estudiaban en colegios ubicados en los cuatro extremos de San Juan de Pasto. Al escuchar las



noticias de la emergencia, el médico se había afanado y había salido corriendo de su consultorio, dejando el celular sobre su escritorio. Por esa razón, Cecilia no pudo comunicarse con su entrañable amigo.

Fernando sí que lo era y siempre lo había sido, desde cuando eran niños. Cecilia aún recordaba cuando se mecían juntos en los columpios de madera del parque infantil, o cuando iban con otros niños del barrio San Andrés hasta la Alsalcia, la antigua y famosa pastelería de la calle catorce, donde han preparado por más de sesenta años los más deliciosos pastelitos de queso de todo San Juan de Pasto.

Luego, con el correr del tiempo, al terminar el bachillerato, Cecilia comenzó, al igual que su amigo, a estudiar Medicina en la Universidad Nacional de Colombia, en Manizales, pero tuvo que dejarla para casarse con Alberto. Ahora mismo Fernando era su mecánico, su médico de cabecera, su consejero espiritual, su banco cuando a la “cachetona” le daba por enfermarse y arrasar con los ahorros de Cecilia y especialmente, pues ella lo proclamaba a los cuatro vientos, su paño de lágrimas.

Cuando entendió que no lo conseguiría por teléfono y volvió a la realidad de una ciudad que estaba en dificultades por cuenta del volcán, y escuchó los noticieros de radio, las sirenas de las ambulancias y los pitidos de los buses de los colegios que devolvían a los estudiantes a sus hogares, Cecilia llamó a su casa. Por Pastorita, la vieja

empleada que la había acompañado desde niña, se enteró de que Alberto había ido a recoger a sus hijos. Pero en vez de tranquilizarse, se puso peor. Presa de un pánico que cualquiera hubiera creído era por causa del Galeras, Cecilia arrancó a todo lo que daban su angustia y su “cachetona” hacia la urbanización en donde vivía Fernando, en Toro Bajo, cerca de la sede moderna de la Universidad de Nariño, pero allí tampoco lo encontró.

Previsivo como era, el médico decidió llevar a sus cuatro hijos y a su esposa, con quien se había encontrado en la puerta de su consultorio congestionada y con una tos terrible, a una casita de campo que tenía en la salida de Pasto, Pucalpa III arriba, vía Laguna de la Cocha, en el sector que era conocido como Buesaquillo. Aquí, pensaba Fernando, en caso de que pasara a mayores la situación del volcán, había más posibilidades de protegerse. Buesaquillo no sólo era el sitio más distante de las faldas del Galeras a donde él podía llevar a su familia; era también el lugar desde donde, por su ubicación, cerca de la carretera que bordea El Patascoy —el volcán que, según la etnia de los Kamentzá, originó el Carnaval, cuando soltó una nube blanca bordeada de coronas de flores y plumas que les enseñó a tocar y a bailar— y conduce al Putumayo, resultaba más fácil evacuar. Además, la esposa del médico podría estar más tranquila en ese lugar, ya que tenía una bronquitis crónica, y cualquier elemento extraño en el ambiente la ponía a toser casi hasta la asfixia.

Pero había otra razón muy particular. Fernando, a pesar de estar metido detrás de un escritorio de la burocracia de la salud del Departamento, o precisamente por ello, era un hombre de alma bucólica, enamorado del campo y de la naturaleza. Crítico de las corruptelas e incongruencias de muchos de los politiqueros y administradores públicos de la ciudad, el médico era además un romántico irredimible. Amigo de la música vieja, que le gustaba interpretar, Fernando gozaba mirando y olisando el bosque, en el remanso de su casa campestre de Buesaquillo. Frente a ella, a menos de una cuadra de la puerta, se levantaba un pequeño monte, y en medio del promontorio verde y de su casa corría suavemente el río Pasto, una corriente de agua todavía transparente y limpia, como las que había soñado siempre de niño, en la Bacatá de los años sesenta, antes de que sus padres decidieran irse a buscar fortuna al sur del país y montar con éxito en Pasto, por los lados del mercado de Bomboná, un negocio de confección y venta de chaquetas, carteras y monederos de fino cuero de la población nariñense de Belén, que ya tenía sucursales en otras ciudades de Nariño.

Nada había más agradable, para el galeno amigo de Cecilia, que hacer en el potrero al frente a su casa, en compañía de sus contertulios de lenguas calientes y montaraces como la suya, una ollada de locro pastuso, con empanadas de ajejo y carantantas a manera de pa-



sabocas. Aquella sopa le recordaba el ajiaco santafereño que de niño le preparaba su madre en su cumpleaños.

Al caer la tarde del domingo, luego de degustar este plato nariñense, Fernando se sentaba acompañado por el sonido delicado y acompasado del agua que bajaba por entre los peñascos del río y despotricaba de los políticos, arreglaba el país, y se tomaba unas cuantas cervezas al tiempo que tocaba y cantaba boleros. Algunos eran tan extraños que todos pensaban que los improvisaba al rompe, al ritmo de su guitarra, del locro y la cerveza, porque, decían sus amigos con sorna cuando escuchaban la letra de sus canciones, “tenía más rima un pollo al horno”.

Cecilia, aturdida y amargada por el problema de Sebastián, tan sólo pensaba en encontrar a Fernando. En busca de una avenida que la llevara más rápido a la casa de campo de su amigo, que la sacaría de una vez de la duda que la atormentaba, conducía errática y nerviosa olvidando las obras viales que se estaban haciendo en diversos sectores de la ciudad.

Cuando quiso tomar la vía más corta, Pucalpa III arriba, se pasó una valla colocada en el piso y por poco deja sin cabeza a dos obreros que salían de una alcantarilla. Luego, al querer retroceder para dar la vuelta en L y tomar la calle correcta, casi se cae en una zanja abierta por los trabajadores del municipio; y coronó su ejemplar conducción deteniéndose con una ruidosa y monumental frenada contra un aviso de la Secretaría

de Obras Públicas, que hundió el parachoques delantero de su camioneta.

En el momento en que se bajó a indagar sobre el pequeño incidente, se informó del desvío del tráfico por encima de la avenida principal del INEM por un letrero gigante que algún gracioso había alterado borrando la sílaba “Hí” y que ahora exhibía para los conductores de San Juan de Pasto una sugestiva nota de observación:



Luego de vagar por una ciudad que estaba al borde del caos a causa de la emergencia, Cecilia logró abrirse paso y llegar a Buesaquillo. Pero habría sido mejor que no lo hubiera hecho. Fernando, quien ya había tenido bastante ese día con el angustioso recorrido por toda la ciudad en busca de sus hijos y quien aún no lograba encontrar en las escasas farmacias cercanas a su casa un descongestionante para su mujer, no se alegró demasiado de la llegada de su amiga, con quien por poco se cruza a la salida de Buesaquillo. Pero tampoco iba a abandonar a Cecilia en esos momentos. El médico, quien no era especialista al

respecto, sabía —antes de que Cecilia le entregara el sobre y luego de que le contara lo que le había dicho la niña del laboratorio— que Sebastián tenía problemas.

Y pensaba que cualquiera que fuese la dolencia de Sebastián, si estaba en su etapa inicial, de gestación o no muy avanzada, podría enfrentarse y quizás revertirse. O por lo menos controlarse. Pero, ponderaba Fernando, no era nada fácil, no era para despreocuparse.

En efecto, cuando Fernando abrió el sobre y leyó la segunda línea, supo de qué se trataba. Entonces, discretamente, se apartó un poco de su amiga, simulando que no veía bien, como para tomar aire o, más bien, agarrar impulso para lo que tenía que decirle.

Conocía a Cecilia y la apreciaba tanto que estaba consciente de que no era posible mentirle, ni quería hacerlo. Pero también tenía claro que no era justo dejar que se abatiera aún más. Si alguien debería tener fortaleza a partir de aquel instante era ella. Y él quería infundirle ese ánimo.

Sin embargo, pensaba Fernando, si lo que decían los exámenes era correcto —y no tenía por qué dudar de ellos, pues habían sido realizados por un patólogo profesional de toda su confianza—, lo que Sebastián tenía en la tibia de su pierna izquierda era cáncer. Por supuesto, los papeles que descansaban en sus manos no decían eso; lo llamaban sarcoma de Ewing, de una manera elegante, profesional, científica.

No obstante, para los efectos, era lo mismo. Las células de los tejidos de la tibia izquierda de Sebastián —dedujo Fernando por los resultados de los exámenes de patología— se habían desarrollado y reproducido anormalmente desde hacía mucho tiempo. Quizá desde cuando el niño tenía tres o cuatro años y se quejaba de algunos dolores.

Y ahora que Sebastián ya había cumplido los diez, a propósito de su rápido proceso de crecimiento y su intensa actividad deportiva —en especial futbolística— dichas células habían avisado de su anarquía reproductiva y habían alertado también de sus devastadoras y rápidas consecuencias, pensaba Fernando mirando a Cecilia de reojo y sin atreverse a levantar los ojos del papel.

Pues aquellas células del sarcoma de Ewing que acababan de descubrirle a Sebastián, de no aislarse pronto del resto del cuerpo del niño utilizando cualquiera de las tecnologías médicas, amenazaban con multiplicarse. Pero además, concluía Fernando para sus adentros, podrían invadir y arrasar a su paso, al hacer metástasis, otras partes del cuerpo del pequeño y finalmente amenazar su vida.

Tenía que decirle a Cecilia la verdad, toda la verdad, sin ambages, pero sin destruir su ya resquebrajada moral —se rompía la cabeza Fernando. Debía contarle que Sebastián, su hijo amado, aquel que en nada se parecía a ella; ése que tenía la misma cara de su padre; a quien quería sin límites porque había sido el fruto de su primera entrega y quien nunca había perdido una asignatura

en el colegio pero siempre las pasaba, como los tiros de Roberto Carlos, rozando el horizontal, estaba enfermo.

No podía ocultarle que Sebastián —quien desayunaba, almorzaba y cenaba acompañado siempre de un balón; driblando con éste por entre las sillas del comedor; cobrando penas máximas que estremecían los ventanales de su apartamento y los nervios de Cecilia; haciendo bicicletas que a menudo acababan estrellándose contra las narices de Nicolás, el hocico de Depravadito, la cara del comentarista deportivo de la televisión; o sacándole tarjeta roja, de media chilena, a una que otra porcelana varias veces intervenida por la abuela—, el Sebastián de su alma, posiblemente, no volvería jamás a jugar fútbol. Debería convencer a Cecilia, además, de que se preparara mental, física e incluso económicamente y que sacara fuerzas de donde siempre las había encontrado, porque lo que se venía para Sebastián, para ella y para toda la familia no era precisamente el Carnaval.

Pero Fernando, el amigo, el confidente, el médico, luego de un rato, seguía preguntándose ¿cómo decírselo a Cecilia!